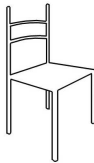
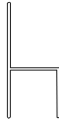
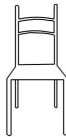


# IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN



AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

# IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN

AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

Organiza:  
ASOCIACIÓN DE ESCRITORES EXTREMEÑOS

Patrocina:  
JUNTA DE EXTREMADURA  
CONSEJERÍA DE CULTURA

Colaboran:  
I.E.S. ARROYO HARNINA  
I.E.S. CAROLINA CORONADO  
I.E.S. SANTIAGO APOSTOL

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ALMENDRALEJO

Diseño:  
MARÍA CARBAJAL MASSÓ

Imprime:  
FÉLIX RODRÍGUEZ S.L.

Dirección:  
LARA GÓMEZ REY  
FRANCISCA SÁNCHEZ GONZÁLEZ

EDICIÓN NO VENAL

# **L**EEER PARA...

De niños, todos hemos soñado alguna vez con encontrar un tesoro. Era fácil de imaginar: una entrada semiescondida entre rocas, una cueva insospechadamente amplia, un pasillo largo y oscuro y, al final de todo, un viejo cofre en torno al cual se extendían montones de piedras preciosas, joyas diversas y monedas de oro que resplandecían como iluminadas por una improbable luz interior. Pero tesoros así no deben de existir muchos en la realidad, y ese cofre y esas joyas puede que no sean sino metáforas de otros tesoros que la vida pone a nuestra disposición. Para mí siempre ha habido un tesoro de verdad, y ese tesoro es el de la lectura. Basta con que uno se acerque a los buenos libros para que se dé cuenta de que, por encima de todo, la literatura aspira a ser amada y disfrutada: ¡cuántos de los mejores momentos de mi vida se los debo a los libros! Y lo bueno es que, a diferencia de los tesoros escondidos en oscuras cuevas, que tarde o temprano acabarían agotándose, el tesoro de la literatura es sencillamente ilimitado. Durante varios siglos, los mejores talentos de todos los idiomas y países han escrito para que nosotros los leamos. Sus libros nos llevan a otros libros, y éstos a otros y a otros, y éstos nos hacen esperar

con impaciencia algunos libros que todavía están por escribir, y muchos de esos libros nos seducen con tal fuerza que querríamos leerlos y releerlos una y otra vez, descubriendo en cada lectura nuevas satisfacciones que en anteriores lecturas se nos habían escapado... ¿Cuántas vidas habría que vivir para disfrutar hasta saciarnos de todos los buenos libros que se han escrito y se escribirán?

Veo desfilar en mi imaginación los libros que he leído como galerías de cuadros en una interminable proyección de una película familiar, veo mis emociones en ríos de tinta, desbordándose por el salón de mi casa; me veo en los amaneceres con mi botín, vestida de otras vidas, enriquecida y adornada con palabras ajenas que forman parte de mí.

Han pasado los años y empiezo a sentir, e incluso, a poder expresarlo: la aventura de mi vida, soledad y amor, justicia y libertad, compasión y miedo.

Ignacio Martínez de Pisón

Entrar en casa de sus abuelos fue para Miguel lo mismo que entrar en una novela, porque sólo en una novela era imaginable encontrar aquel mundo magnífico, fascinante como un mundo de leyenda. La oscuridad antigua y enigmática de la antesala aparecía atravesada por un haz soberbio de luz limpia en el que el aire flotaba majestuoso y casi visible.

\*\*\*

— ¿Sabes que mi abuelo es príncipe?— le preguntó una tarde a Agus y, como vio que éste hacía una mueca de incredulidad, añadió concluyente—: ¡Lo es!

— ¿Y por qué nadie lo sabe?

— Porque es un secreto. En estos tiempos no está permitido ser príncipe. Si se enteraran, lo encarcelarían.

— Sigo sin creérmelo.

— ¡Te lo digo yo! Es descendiente de príncipes y, por tanto, príncipe. ¿Te has fijado en el medallón que lleva siempre en el pecho?

— Sí, esa medalla.

— Medalla no, medallón. Y en un dedo lleva siempre una sortija. ¿Sabes qué significan? Significan que es príncipe. A Oliver Twist le pasó algo parecido. Nadie sabía que pertenecía a la familia más importante de Inglaterra hasta que reconocieron su medallón y su sortija. De momento, muy poca gente ha visto los del abuelo, pero, tarde o temprano, alguien se dará cuenta y le reconocerán su categoría. Como a Oliver.

\*\*\*

El día en que el abuelo se presentó en la casa portando dos maletas de viaje y su bolsa de deporte semivacía, lo primero que Miguel pensó al verle fue que aquel hombre que le miraba

de modo tan inexpresivo y con ojos que parecían perdidos en distancias inalcanzables no era su abuelo.

Este hombre era mucho más viejo, casi decrepito, y su rostro, como el de ciertos inválidos, ofrecía un gesto indudable de derrota. Además, el abuelo era altísimo y no andaba encogido ni frotándose con las paredes ni se llevaba con movimiento fugaz una mano a los labios, como si los tuviera húmedos e intentara secarlos. Tampoco el abuelo habría salido a la calle en zapatillas, como aquel hombre, ni con los botones de la camisa mal abrochados o el pelo gris desordenado. El abuelo siempre salía con su imponente capa negra, bien afeitada la barba y los zapatos brillantísimos: aquel hombre no tenía nada en común con el abuelo, el príncipe aventurero, el amigo íntimo de Federico.

\*\*\*

Miguel anduvo hacia el centro de la Zona Deshabitada, ahora invadida por la claridad, y allí vio a Carlos acabando de subir la última persiana. Todas las demás habían sido alzadas y, al hacerse la luz, la Zona Deshabitada había dejado bruscamente de ser el espacio fascinante y enigmático de sus fantasías para convertirse en una sórdida estancia de paredes húmedas y techo despintado, donde viejos armarios, abrigos apolillados, inservibles máquinas de coser, objetos polvorientos y herrumbrosos compartían el turbio hacinamiento y disputaban entre sí por unos centímetros más de suciedad y desorden.

El tiempo se detuvo unos segundos cuando Miguel paseó a su alrededor una mirada lenta, casi inmóvil, que inevitablemente hubo de posarse sobre Carlos. Oyó cómo, desde el otro extremo del sueño, Agus preguntaba qué ocurre, por qué os miráis así, y anduvo hacia la puerta como quien camina por la cubierta de un barco que zozobra.

De *La ternura del dragón* (1984)

Yo era un hombre hermoso, desconocía la inminencia de lo caduco y las razones que el tiempo pudiera albergar para agraviarme; podía muy bien apoyar un brazo sobre el techo de ese automóvil con la belleza clásica de los músculos en reposo o fingir ante la cámara, ante la engañosa eternidad de la cámara, que mi otro brazo exploraba con picardía las sendas clandestinas del vestido de esa joven lánguidamente recostada en mi cuerpo; podía muy bien susurrarle obscenidades al oído mientras el fotógrafo pulsaba el botón o sentir una dicha momentánea pero plena, ignorar que algún día, ya viejo, hallaría esa foto entre las páginas de un libro e intentaría en vano recordar el nombre, el origen, el carácter de aquella joven, siquiera el timbre de su voz o el color de sus ojos.

De “Alusión al tiempo” (*Alguien te observa en secreto*,  
1985)

Ese día el cielo descargó varias tormentas sobre Villa Teresa. Como no podía concentrarse en sus lecturas, se entretuvo Manuel mirando la lluvia, aprendiendo el ritmo de cada minuto de agua. No se decidía a bajar al salón con Bárbara, todo sería distinto si ella subiera a su habitación y hablaran.

En las últimas horas sólo la había visto unos instantes, cuando asomó la cabeza por la puerta de su dormitorio y le preguntó si había encontrado por algún lado su braga rosa, no sabía dónde la había dejado. Él aprovechó para invitarla a entrar, pero era imposible, Bárbara estaba ocupadísima, ¿había visto la braga o no? Manuel no, no la había visto, y sonreía abiertamente, no debía mostrarse decaído.

Se sentía solo y pensaba en Bárbara mientras intentaba leer algunos artículos de Entomología. Varias veces se descubrió escribiendo en los márgenes su nombre, Bárbara, Bárbara, lo repetía hasta sentirlo carente de ese cuerpo bellísimo que es y no es de Bárbara, carente de esa mirada que es y no es, y extraño y sumiso, o podía ser Bárbara una montaña que se derrumba o Bárbara unos cañones disparando. Sólo el oportuno sonido del teléfono interrumpió el fragor de tus cañones furiosos, las montañas que inútilmente caen en tu nombre, Bárbara. Se restregó los ojos y volvió a mirar la lluvia, sin preguntarse quién había llamado por teléfono.

No cesó de llover en toda la noche. Ya en la cama, Manuel recordó haber pensado en otra ocasión que el sonido de la lluvia actúa en los nervios como un bálsamo. Ahora, en cambio, aludía a un mar inmenso en temporal y ella a merced de las olas y yo rescatándola de los núcleos mortales de la tempestad. Le reconfortó reiterar la visión de aquellas pupilas de Bárbara que eran la gratitud del naufrago. Se agitó entre las sábanas y entre las mismas imágenes que adoraba, Bárbara; que adoraba y temía, el vuelo de tus faldas de Marilyn Bacall o el tácito desafío de tu risa o esos senos que cobran vida *l'après-midi* Bárbara desnuda por supuesto y manchada de *rouge* o la

huella obstinada de tus labios en cada centímetro del sueño en esa piel amplia y suavísima que se agita de un modo violento e imperceptible esa piel blanca como Lauren Hayworth sus hombros desnudos luminosos sobre un fondo negro de guantes que caen con lentitud y que de pronto asedian a esa Bárbara que no es Bárbara pero que como ella ostenta groseramente sus encantos ahora entrevistos pronto vivísimos salvajes congregando al negro o moro al oso en la certeza de tu cuerpo admirable y detestado como el esclavo que te explora te consume Bárbara ese esclavo inmenso que te abraza hasta el dolor *douleur l'après-midi* me digo y que maltrata tus formas frágiles o severas sin duda las maltrata...

Y del mismo modo Manuel, aquella noche de lluvia y sobre aquellas sábanas revueltas que traspasaban el umbral del sueño, maltrataba con sus dientes una mínima braga rosa, mordía en ella tu indeleble presencia, Bárbara.

De “Alguien te observa en secreto” (*Alguien te observa en secreto*, 1985)

Se detuvieron ante un semáforo y Mariano se inclinó a recoger algo del suelo: «Se te ha caído del bolsillo de la gabardina.» Jaime cogió el sobre que su amigo le entregaba y comentó: «Carta de la editorial. Cada vez son más los adolescentes españoles que estudian geografía con mi estúpido manual.» «Ah, el popular autor del más impopular libro de geografía...», sonrió Mariano, sin sospechar que Jaime acababa de mentirle. Era, en realidad, una carta de Javier, la carta que aquella misma mañana había sacado del buzón de Mónica. ¿Cómo había podido ser tan descuidado?

Súbitamente nervioso, renunció a su propósito de disuadir a Mariano. Intuyó que en aquella coincidencia —tanto la carta como la propuesta del viaje podían imponer un rumbo nuevo, ¿quizás el mismo?, a los acontecimientos— había un oscuro designio del destino, pero se sintió incapaz de clarificado en sólo unos segundos.

Su amigo le estaba explicando los pormenores de la expedición: saldrían del puerto chileno de Valparaíso, entre tripulación a sueldo y pasajeros no podrían ir más de veinte personas, aprovecharían para hacer un crucero por la Polinesia y llegar a Nueva Zelanda o Australia, nada más faltaba convenir las fechas... Al cruzar la Diagonal preguntó: «¿Dónde te dejo? ¿En tu casa o en la de tu mujer? Coméntale a ella si le apetece venir.» «En la de Mónica, pero no es mi mujer», respondió Jaime, turbado por la sorprendente confluencia del monólogo de Mariano y el curso paralelo de sus propios pensamientos.

Se despidió de él con celeridad. Faltaba apenas una hora para que Mónica llegara a casa, y no creía que fuera a tener tiempo de falsificar la carta de Javier. Decidiría al menos cuál sería su nueva redacción, sobre la que había empezado a meditar por la mañana, mientras esperaba a que su amigo pasara a recogerle con el coche. Javier había escrito: «Lo lamento mucho, querida, pero no he podido hacer nada para evitarlo. Reginald me acaba de anunciar que mi traslado a

Barcelona se demorará por otros dos o tres meses. Justo cuando más necesito verte y hablar contigo, justo cuando más te necesito, parece que el destino quiere tratarme con más crueldad.» En su lugar, Jaime escribiría simplemente: «Por diversos motivos, he juzgado conveniente prolongar mi estancia aquí por otros dos o tres meses.»

Eliminaría además todos los párrafos en los que Javier aludía a su «angustia», a su «honda preocupación», al «desasosiego que me invadió al leer tu última carta, inferior en todo caso al temor que siento cuando pienso en la próxima». La versión definitiva tenía que ser breve, escueta, sin concesiones a los sentimientos, fría: de ninguna otra manera respondería alguien que ya hubiera tomado la determinación de romper su matrimonio. ¿Introduciría alguna referencia a Norma Lee? No, ya no era necesario, pero, en cambio, no ocultaría que Javier y la actriz se habían seguido viendo los fines de semana: enviaría recuerdos de parte de George y Susano y limitaría todas las expresiones de afecto a un inequívoco «nunca te faltará todo mi cariño».

Hizo un rápido esbozo del texto que llegaría a manos de Mónica y lo comparó con el original de Javier. Era la redacción adecuada, sin duda. Y sin embargo había algo desalentador en todo aquello. La posdata auténtica decía: «Sea cual sea la decisión que adoptes, amor mío, has de saber que te seguiré queriendo siempre como el primer día.» Imaginó noches de insomnio, un dolor continuado que se agolpaba en la garganta, un desprecio violento e inmisericorde por uno mismo, todas esas sensaciones que Jaime había vivido muchos años atrás, cuando ella le abandonó.

Se sintió sucio de repente, en un solo instante se formó una idea clara de la falta de escrúpulos con que se estaba comportando. Pero ya era tarde. Imposible retroceder: aunque quisiera interrumpir aquel juego cruel, tendría que seguir practicándolo hasta el final. La magnitud de sus maquinaciones

le había desbordado: ¿por qué no habría sido capaz de reprimirse el primer día ante el buzón?

Escondió aquellos papeles y se tendió en el sofá. Cuando Mónica llegó y le preguntó qué le apetecía comer, respondió solamente: «Déjame. No tengo hambre.»

De “La última isla desierta” (*Antofagasta*, 1987)

Fueron tres meses de pequeñas victorias cotidianas, o de una gran victoria decisiva: la del día sobre la noche, la de las luces diáfanas y los horizontes sobre mis clausuradas penumbras interiores. Para una persona como yo, confinada durante años en una oscuridad de subterráneos, la posibilidad de salir a la superficie y encarnar, siquiera mínimamente, una de esas figuras sin mancha que me habían estado vedadas, supuso una verdadera redención de mi pasado, un embriagado reconciliarme conmigo y con todo lo demás. No sin temor, desde luego, y no sin los peligros que la tentadora proximidad del fuego promete a quien desea acariciado.

Mis alumnos admiraban en mí al hombre que creían que era, y yo tuve miedo de no poder llegar a serlo. Les tuve miedo a ellos, y por eso les conferí al principio un respeto inmerecido, el respeto que siente el impostor por la realidad. Sólo cuando esta realidad me absorbió plenamente y afianzó mi nueva identidad, pude albergar ese íntimo desprecio por los semejantes que es el germen de la dicha. Saberlos a todos inferiores, vulgares, personificaciones exactas de esa mediocridad que había entrevisto en sus expedientes, y a la vez tener que mantener en secreto este cúmulo de impresiones, eran circunstancias que me predisponían para el ejercicio de la generosidad.

Adoptaba en mis clases una actitud soberana, augusta, condescendiente: la única actitud posible para el buen gobierno y la armonía de mi pequeño reino vespertino. Y así cada tarde, entre las cinco y las ocho, latía en mis venas una gratificante sensación de poder, y las palabras brotaban de mis labios ebrias de sí mismas, seguras del alto magisterio que las inspiraba. Mis alumnos se comportaban como discípulos ante mí —iba a decir súbditos—, y todos ellos, aun los más necios, tuvieron ocasión de apreciar lo excepcional de mis lecciones. No fueron pocas las que, lo confieso sin rubor, movieron a mi audiencia al elogio más encendido, cuando no a un sincero y unánime murmullo de veneración.

Reconozco que buena parte de aquella brillantez mía se debió, además de a mi particular euforia de entonces y a mi creciente confianza en mí mismo, a una feliz confluencia de factores externos: a la disposición insólitamente favorable que había encontrado en personas y acontecimientos casi tanto como a mi personal predilección por los autores incluidos en el temario.

Sólo de escritores como los que había propuesto en mi programación habría podido disertar con el incandescente estro y la soberbia eficacia con que lo hice. Había amado la literatura leyendo sus textos, y la volvía entonces a amar recreándolos. Me entregaba con fervor al reconfortante ejercicio de regresar a sus cuentos, evocarlos, revivirlos, e incluso me demoraba en ello a sabiendas de que contravenía así el más importante principio didáctico del centro: nada de teoría, prohibidas las divagaciones, sólo imitación, imitación.

El jefe de estudios nos había conminado a principios del curso a practicar la vulgarización, el escrutinio, la mimesis, toda una suerte de actividades que en mi fuero interno consideraba profanadoras —ah, mi estúpido culto a la literatura—, pero que estaba dispuesto a admitir, pese a las naturales reservas que el consiguiente menoscabo de mi lucimiento oratorio me producía.

Fue en diciembre cuando accedí a condescender con las exigencias del programa y a enseñar, por tanto, a mis alumnos a confeccionar un «relato puramente cortazariano». Sabedor de que la serena grandeza del demiurgo tenía que dar paso a la lacónica parquedad del artesano, emprendí con resignación pero sin remordimientos la rutinaria labor de corregir estilos, seleccionar temas y desenlaces, atemperar tonos y climas, introducir matices, eliminar banalidades... Una actividad tediosa y anodina, cuyos objetivos auténticos me habrían repugnado si mi bienestar anímico de entonces no se hubiera obstinado en ignorarlos: debía evitar a mis alumnos la fácil constatación de su incompetencia, reducir su total ineptitud a

media docena de errores puntuales, alentar sus ilusiones de habitar el olimpo de los fatuos. La tarea era en realidad mucho más sencilla de lo que yo había podido creer: consistía únicamente en atender a lo inmediato, dejarme conquistar por la sumisa gratitud con que acogían mis consejos, recomendar aplicación y perseverancia, sonreír con prodigalidad.

De “Antofagasta” (*Antofagasta*, 1987)

A los ladrones de libros los despreciaba porque no entendía que alguien pudiera robar una cosa así. Ante ellos parecía un policía viejo y amargado, harto de tener que tratar siempre con la misma gentuza, con la escoria de la sociedad. Sin demasiadas contemplaciones, los fusilaba a sarcasmos del tipo ¿verdad que has confundido esto con una biblioteca pública?, ¿verdad que ibas a devolvernos el libro la semana que viene? A veces hacía también con ellos un poco de comedia, y en esos casos abría el libro por una página cualquiera, leía con aire complacido unos cuantos párrafos y, como recordando una reflexión interesante, alzaba los ojos para preguntar ¿no era Unamuno el que decía aquello de...? La cita, desde luego, nunca pertenecía a Unamuno sino a Ortega o a cualquier otro, pero daba lo mismo.

\* \* \*

Chano se jactaba de no haber leído un libro entero en su vida. A mí me tenía, ingenuamente, por una especie de intelectual, y con cierta frecuencia me hacía consultas sobre cuestiones de las que él me creía informado o me pedía que le explicara quién había sido el judío errante o que le contara la historia de Romeo y Julieta. En esos casos, fingía un falso desinterés para encubrir una curiosidad casi reverencial hacia lo que él consideraba alta cultura, y luego asentía en silencio con la cabeza: cualquier cosa que yo respondiera le parecía bien. No era tonto, sin embargo. A veces tenía intuiciones atinadas, como el día en que pronunció aquella frase reveladora: “Tú dices que has venido a una ciudad distinta a trabajar y ganar dinero, pero en realidad has venido a aprender. Como todo el mundo.” Tenía razón, yo había ido a Barcelona a aprender. Eso era algo que ni yo mismo sabía con exactitud y que él me había descubierto. Cuando me veía con un libro, hacía como que lo lanzaba lejos y fingía recriminarme: “¿Qué es lo que esto puede enseñarte?”

\* \* \*

El ajedrez parecía ser lo único realmente importante en su vida. Poseía una buena biblioteca especializada, coleccionaba los problemas del periódico, casi todos los días reconstruía y estudiaba alguna partida entre grandes maestros. Después de aquellas veladas en el club solíamos pasear juntos hasta el portal de su casa y él, durante el trayecto, me explicaba cuál había sido el error de su rival, en qué momento había estado seguro de su victoria. Hablaba con la convicción de quien ha sopesado todas las alternativas y está satisfecho de haber elegido la mejor, y daba por descontado que yo había seguido la partida con idéntica atención, que también yo me había sumergido en ese océano de posibilidades. [...] Yo intentaba siempre entender sus explicaciones, pero enseguida me perdía en aquel revoltijo de alfiles y peones, y mi pensamiento me formulaba preguntas que entonces no me habría atrevido a plantear en voz alta: ¿es posible que éste sea el motivo? [...], ¿puede alguien renunciar a su vida por un simple juego como quien deja un piso para mudarse a otro? Era como si las únicas victorias y las únicas derrotas que para él tenían algún valor fueran esas victorias y derrotas simbólicas de unas piezas sobre un tablero, como si ya nada en la vida pudiera procurarle un placer o una desazón comparables, y eso a mí, en aquellos momentos, no dejaba de parecerme desasosegante.

\* \* \*

Tal vez mi súbito entusiasmo por los dibujos de la ciudad secreta no fuera sino el producto natural de esa misma situación. Fue en París donde decidí cambiarles el nombre a las arquitecturas muertas. Llevábamos ya ocho días fuera de España y ése era el tercer hotel en el que pernoctábamos. Me desperté bastante temprano, miré un espejo ovalado en el que

se reflejaba parte de la habitación y tuve entonces la sensación más clara de lo que es encontrarse de viaje, en una ciudad ajena, a muchos kilómetros de casa. Esa sensación se parecía mucho a la extrañeza. Era una suerte de perplejidad en estado absolutamente puro, y yo deseé retenerla de algún modo. Casi sin tiempo para reflexionar, me asomé a la ventana y comencé a dibujar esas fachadas a cuya visión no estaba acostumbrado: viejos edificios con mansardas, balcones con barandillas de hierro forjado, comercios con los rótulos apagados. [...] Conservo todavía el dibujo de aquellas fachadas del bulevar Sebastopol, y el de un angosto patio de luces de Dijon, y la vista de unos tejados de Grenoble, y la del pequeño estanque con hamacas del hotel de Turín... Todos ellos fueron hechos a la misma hora y con el pulso aún inseguro, los dedos entumecidos y no totalmente despiertos, y yo los sigo viendo como lo veía entonces: no como lo que son sino como un símbolo de lo que habrían podido llegar a ser. Los miro y aún pienso que sólo habría tenido que quedarme a vivir en cualquiera de esas habitaciones de esos mismos hoteles para que alguna de esas visiones se me hubiera hecho familiar, acostumbrada. ¿Y qué habría sido de mí entonces? ¿Qué acontecimientos determinantes me habrían aguardado en cada uno de esos sitios? [...]

Me invadió en aquel viaje una rara obsesión coleccionista y me propuse hacer dibujos de todas las paredes y fachadas, de todos los patios interiores con los que me he encontrado al levantarme. De todos, también de los que tenía que conocer, también de los que había conocido. [...] Esos dibujos no serían tanto capítulos de mi vida como fragmentos de un paisaje privado, la ciudad secreta de las vidas que he renunciado a vivir.

*De Nuevo plano de la ciudad secreta (1992)*

Aún no han pasado tres meses desde el día en que la doctora Rubio nos dijo que Marta estaba totalmente curada. Recuerdo que nos miró a través de sus gafas de montura de carey y nosotros contuvimos el aliento, temiendo que fuera a anunciarnos la posibilidad de una recaída. Pero se quitó las gafas, las sostuvo un instante ante la cara como en un movimiento congelado por una cámara fotográfica y sonrió con una sonrisa que lo decía todo: “Está totalmente curada.” Giovanna me cogió una mano y exhaló un largo suspiro. Yo observé cómo la trayectoria en varios tiempos de las gafas concluía junto a la lamparita y dejé después que todo el peso de mi cuerpo cayera blandamente sobre el respaldo de la silla. “Suspiren, suspiren”, decía la doctora, sonriendo aún, “pueden considerarse afortunados.”

Nos explicó los resultados de los últimos análisis e ironizó con delicadeza acerca de la recuperación de nuestra hija: “Ahora nada le impedirá cometer las travesuras propias de su edad; no me vengan ustedes luego con que hubieran preferido que siguiera enferma unos cuantos meses más.” Giovanna y yo reímos alborozados, a pesar de que ya le habíamos oído tiempo atrás un chiste similar: la risa, al igual que los suspiros o la obstinación con que seguíamos cogidos de la mano, era sólo una de las manifestaciones posibles de nuestra felicidad. Mientras nos acompañaba a la puerta, yo le agradecía el celo y la eficacia que había demostrado y le preguntaba si la niña podría viajar en las próximas semanas. “Por supuesto. Marta está tan sana como usted o yo”, contestó, y Giovanna me apretó con tanta fuerza la mano que la huella de sus dedos quedó impresa en mi piel. Poco después, apenas la puerta se hubo cerrado a nuestras espaldas y nos encontramos a solas en aquel pasillo silencioso, ni ella ni yo pudimos evitar que esa alegría hasta entonces contenida explotara: nos abrazamos el uno al otro y las lágrimas asomaron a nuestros ojos. “Por fin”, me susurró ella al oído. “Por fin”, repetí, haciendo con la

cabeza un gesto de asentimiento que me pareció necesario y gratificante.

\*\*\*

También por la mañana, cuando me levanté para ir a recoger a Gandul y la vi plácidamente dormida, sin rastro aparente de enfermedad, quise creer que se trataba solamente de una dolencia transitoria o, como había dicho la doctora, de una “simple coincidencia de síntomas”. Cogí el coche con la certeza de que todo empezaría a arreglarse, y la salud de mi hija a restablecerse entre nosotros, reintegrado a esa armonía familiar, previa al inicio del viaje, de la que su compañía había sido parte indispensable. Había ya relegado al olvido la agobiante sensación que me había invadido en el regreso desde Coimbra, la sensación de que un hechizo cruel gobernaba todos nuestros movimientos y actitudes, e ingenuamente pensaba que había vuelto a imperar el orden normal de los acontecimientos, un orden seguro y benigno que la natural convalecencia de unos de los miembros de la familia apenas si llegaba a vulnerar. Sin embargo, yo tenía que haber previsto que lo que me esperaba en la guardería canina era la consumación virtual de ese destino adverso, el punto exacto en el que el círculo de la fatalidad se cierra sobre sí mismo y nos envuelve en la perfecta geometría de su desolación.

De “Siempre hay un perro al acecho” (*El fin de los buenos tiempos*, 1994)

La figura de María había empezado a despertar mi curiosidad. Sin ser una mujer atractiva, era guapa, alta, con esa rara lozanía que algunas mujeres de campo conservan hasta bien pasados los treinta. Yo, la verdad, nunca hasta entonces había reparado demasiado en sus atributos, acaso por tratarse de una de esas personas a las que veía cotidianamente y con las que muy pocas veces cruzaba más de dos frases. Sentada ante su mesita de tabaco y lotería, formaba parte de la decoración habitual del casino, como el propio Julián o las máquinas tragaperras o los barriles de cerveza apilados en el hueco de la escalera. Bandrés me había dicho que de jovencita había sido candorosa y más bien retraída y que todos los chicos del pueblo la habían intentado cortejar en alguna ocasión, pero por más esfuerzos que hice por imaginármela con dieciocho o diecinueve años menos me resultaba imposible asociar su juventud con la de Silvestre. Ahora, desde luego, no era ni candorosa ni retraída. Durante los años en que el chico estudió en el instituto yo nunca lo tuve en ninguno de los grupos de los que era tutor, pero quienes sí lo tuvieron me habían hablado de ella, de los reparos y protestas que solía oponer a cuantas decisiones del profesorado concernían a su hijo. No sólo había batallado contra esas charlas sobre sexualidad mencionadas por Bandrés: también contra la programación del cineclub y contra los viajes de estudios en los que alumnos y alumnas pernoctaban juntos en el mismo hotel. A un compañero mío del instituto había llegado a acusarle de estar fomentando malos hábitos en su hijo y de no haberle orientado apropiadamente en la elección de sus amistades.

\*\*\*

Sonó el timbre del cambio de clase y yo hice además de ir a levantarme. María trató de retenerme con un gesto pero yo di por concluida la entrevista diciendo: “Además, es a él a quien le corresponde escoger. Bien pronto cumplirá los dieciocho. A los

ojos de la sociedad se ha convertido en un adulto”. “¡Un adulto!”, replicó desafiante, “¡sólo las madres sabemos qué es un niño y qué un adulto! Juegan a ser hombres y no son más que hombrecitos, pero los errores infantiles que cometen a esta edad los siguen pagando el resto de sus vidas”.

Pensé que María sabía muy bien por qué decía eso. Ella había cometido un error así cuando tenía más o menos la edad de su hijo. Arqueé las cejas como dando a entender que lo sentía pero que no podía hacer nada más. Nos levantamos y la acompañé por el pasillo hasta el vestíbulo. Le tendí la mano y ella me la retuvo un instante con gesto viril. Clavó en mí una mirada enigmática, feroz como la del águila que se dispone a arrojarse sobre su presa, y me dijo: “Los sentimientos de una madre son algo sagrado. Ustedes no se dan cuenta y será peor. Acabarán arrepintiéndose.”

Me pareció que pretendía añadir algo más, pero solamente dijo adiós. Me quedé mirándola mientras salía por la puerta y se abría camino a través de un grupo de chicos que remoloneaban sentados en las escaleras. No volví sobre mis propios pasos hasta que la hube perdido de vista al otro lado del muro de ladrillo.

De “El fin de los buenos tiempos” (*El fin de los buenos tiempos*, 1994)

Mientras disponemos ordenadamente las piezas, comprendo que su tradicional entusiasmo por el ajedrez se explica por lo que éste tiene de trasunto bélico, más que por su condición de actividad lúdica o intelectual. En un campo de batalla tan reducido como éste caben dos ejércitos de similares proporciones e idéntica organización jerárquica, dos ejércitos guiados por un único y común afán, aniquilar al enemigo. Es sencillo el orden que impone la guerra: este color es el mío y este otro el del rival, no caben matices ni posiciones intermedias, como la traición, el miedo, la neutralidad. Eliminando el riesgo de encontrar adversarios en las propias filas, el principio jerárquico adquiere una solidez inquebrantable y hace de estas dieciséis figuritas de madera la más fiel representación de ejército ideal. No parece casual que los italianos hayan fundido en una misma palabra —alfiere— dos términos como “alférez” y “alfil”, etimológicamente distintos pero análogos en la práctica. Está claro que se trata sólo de un juego y, sin embargo, me impresiona la ferocidad con que mi padre sacrifica peones para alcanzar un correcto, y cruel, dominio posicional.

Un ejemplo de estrategia para el exterminio: inicial avance homicida e intercambio de cadáveres; la caballería ocupa los flancos y elige las próximas víctimas, los blancos hacia los que los alfiles dirigirán su artillería; un rápido movimiento en retaguardia que organiza la defensa; dos o tres cañonazos después, inútiles en apariencia; y por fin, la escaramuza definitiva, la que desequilibra las fuerzas y le promete la victoria. “Me retiro”, digo, “has ganado.” Él me mira contrariado y replica de inmediato: “Aún tienes posibilidades, no puedes abandonarlo así.” Arqueo las cejas, muevo una pieza sin excesiva convicción y trato de imaginar cuál sería el auténtico comportamiento de mi padre en la guerra. No sólo con los enemigos y los prisioneros, sino también con sus soldados, con los hombres por cuya vida debía velar. ¿Los expondría a una muerte segura con la misma frialdad con que ahora expone este

peón para cobrarse una pieza mayor? Advierto con horror que sus ojos brillan ante la proximidad de mi derrota e intento reprimir en mi interior un impulso de odio, de un odio antiguo y violento que creía haber relegado definitivamente. “Jaque, mate”, dice por fin con sanguinaria complacencia. “Una táctica genial la tuya”, comento, mientras busco un punto al que mirar que no sea su grosero gesto triunfal.

De “La ley de la gravedad” (*El fin de los buenos tiempos*, 1994)

Dejé que pasaran unos minutos. Luego me asomé al cuarto de estar y vi a mi padre en la terraza, acodado en la barandilla con expresión de cansancio. Yo lo veía de medio perfil, y no estaba en pijama: llevaba la misma ropa que por la noche, la misma camisa, la misma corbata, pero todo como desarreglado y fuera de sitio. En el costado se le habían formado unas arrugas que recordaban el fuelle de un acordeón.

Mi padre se llevó entonces una mano a la cara, y comprendí que estaba llorando. Era la segunda vez que lo veía llorar. O más bien la primera, porque la otra vez fue en el funeral de mi madre y yo era demasiado pequeño para recordarlo. Era, pues, la primera o segunda vez que le veía llorar y está claro que le molestó. Cerré la puerta y me dije que eso del amor era una estupidez, yo nunca me enamoraría. ¿Para qué? ¿Para acabar llorando por una gorda como Estrella?

Volví a salir al cabo de un rato. Mi padre seguía en la terraza, con la vista clavada en la carretera, seguramente en el punto en el que había desaparecido el taxi de Estrella. En esta ocasión sí que advirtió mi presencia y me hizo una seña con la cabeza para que me acercara. Me acerqué. Mi padre me puso las manos en los hombros y me dijo:

—Estrella se ha ido.

En ese momento se parecía a Frank Sinatra cantando *Strangers in the Night*. Añadió:

—Las cosas no funcionaban muy bien entre nosotros y le he pedido que se marchara. Al menos por un tiempo. Es mejor así.

Pero qué gilipollas se puede llegar a ser. Mi padre se creía que yo no me había enterado de nada y ahora improvisaba una de sus clásicas comedietas para recomponer de algún modo su autoestima.

*De Carreteras secundarias (1996)*

Mi madre ahora estaba orgullosa de tener un piso en propiedad pero era verdad que eso no la había sacado de pobre. Si en la colonia limpiaba dos viviendas, la del ingeniero Goitia y la del otro ingeniero más joven con tantos hijos, desde que nos mudamos a la barriada limpiaba cuatro: dos en el centro de Madrid, cerca del Retiro, y las otras dos por la zona de Alfonso XIII. Yo estuve algunas veces en una de éstas. Era una casita blanca, de dos pisos, con un par de tilos en el pequeño jardín. Su dueña era una viuda llamada doña Margarita. Tenía tres hijas de edades muy diversas, la más pequeña, Almudena, sólo un año mayor que yo, y mi madre insistía en que en esa casa la trataban muy pero que muy bien. A mí me llevaba consigo cuando no tenía que ir a la escuela y, mientras ella limpiaba, Almudena y yo jugábamos en su cuarto con las muñecas. Y era verdad que doña Margarita la trataba bien, pero la trataba bien como se trata bien a los seres de clase inferior. Era un poco como la mujer del ingeniero Goitia, que siempre le regalaba la ropa bien conservada que no pensaba ponerse. También a mí me regalaban cosas: muñecas por las que aquella chicas no sentían un cariño especial, novelas bastante manoseadas de Enid Blyton, zapatos que a Almudena se le habían quedado pequeños porque, como decía doña Margarita, a esa niña los pies le crecían como a los conejos los dientes. A diferencia de la mujer del ingeniero Goitia, que siempre la trataba de tú, doña Margarita trataba a mi madre de usted y aunque mi madre decía que daba gusto sentirse tan respetada, yo en aquello no veía una señal de respeto sino de distanciamiento. No sonaban igual el usted de mi madre y el de doña Margarita, que decía usted, Encarna, sí que tiene buena mano para la aguja, y luego cogía una revista y se tumbaba en el sofá a esperar a que mi madre le cambiara la cremallera a su anorak de esquidora.

Mi madre aceptaba agradecida todos los regalos que doña Maragarita le hacía, unas blusas y unas rebequitas que, como ella decía, daba pena tener que tirar, unos guantes que había comprado por capricho y nunca había llegado a ponerse,

algunas botellas y turrone de las cestas que solía recibir por Navidad, y yo me preguntaba cuál podía ser la idea que mi madre tenía del amor propio: ¿por qué aceptaba todo lo que le daba aquella mujer poco menos que desconocida y en cambio rechazaba el dinero de su hermana? Yo en eso no era como mi madre. Yo agradecía con una sonrisa ambigua los pares de zapatos que se le habían quedado pequeños a Almudena y luego no me los ponía. Pero ¿por qué, si son tan bonitos?, se enfadaba mi madre conmigo. Son horribles, replicaba yo, aunque eso nunca era verdad. Sólo eran odiosos, y después, cuando ya los míos acababan de estropearse y mi madre se decidía a llevarme a la zapatería, yo acababa eligiendo unos zapatos que, aunque en barato, no eran tan distintos de los de Almudena.

\* \* \*

Una mañana, estando en clase, llamaron a la puerta y entró Marisa. Llevaba puesta la bata de la peluquería. Se acercó a la maestra, le dijo algo al oído y luego se acercó a mí. Tu padre, me dijo nada más. Salí con ella a la calle y en ese momento mi padre pasaba por ahí con una pequeña bolsa de ropa a la espalda. ¡María!, gritó. Eché a correr hacia él, que me agarró con sus fuertes manos y me acomodó en sus hombros como solía hacer algunos años antes, cuando yo era aún una niña pequeña.

Y entonces empezaron los aplausos. De los portales y comercios cercanos salía gente que nos aplaudía y nos felicitaba. ¡Enhorabuena!, gritaban. ¡Por fin te han soltado!, gritaban. ¡Bienvenido al barrio!, gritaban, y mi padre y yo saludábamos con ambas manos a uno y otro lado, como los Reyes Magos en la cabalgata de televisión. Enseguida apareció Josemi, que se abrazó a mi padre y echó a andar junto a nosotros, y poco a poco se fue formando detrás de nosotros un pequeño cortejo. Entre los que nos seguían estaba, por

supuesto, Antón, con ese aspecto suyo de Jesucristo crucificado, y estaban también varios de los hombres que solían venir por casa a recoger paquetes.

Entramos todos en un bar y los adultos pidieron vino para brindar por mi padre y por el dispensario, y Marisa, que además de bailarina y peluquera era un poco poeta, leyó unos versos bastante cursis. Unos versos que hablaban de amor y de amistad y que acababan con un te queremos, compañero, como la ola quiere a la playa y la nieve a la montaña. Luego tomó la palabra Antón, que elogió a mi padre por su coraje cívico, y yo le miraba y me sentía orgullosa de él, aunque no sabía muy bien en qué consistía eso del coraje cívico. Y no sólo me sentía orgullosa de mi padre sino que le comprendía. Comprendía que se hubiera metido en aquellos líos políticos e incluso que estuviera dispuesto a ir a prisión por reclamar el dispensario. Un recibimiento como éste hace que hasta la cárcel haya valido la pena, pensé que pensaba mi padre, y también pensé que ahora él había conseguido lo que en el fondo andaba buscando: volver a ser alguien, sentirse querido y respetado por la gente del barrio como se había sentido por la de la colonia.

Mi madre, por supuesto, no acudió al bar, pero eso tampoco me extrañó porque ella no era muy amiga de bares y cafeterías. Fuimos después a casa y, aunque la encontramos regando distraída sus geranios, yo estuve segura de que sabía lo de mi padre y le estaba esperando. Su acogida, sin embargo, no pudo ser más fría. Ah, ya estás fuera, dijo, mirando a mi padre, y yo pensé que, en una situación así, lo normal sería que la mujer corriera a echarse en brazos del marido y que se dieran un beso muy largo y hasta derramaran alguna lagrimita. Pero mi madre no era amiga de dar besos ni de derramar lágrimas, como tampoco lo era de bares y cafeterías, y el reencuentro consistió en poco más que ese ya estás fuera de mi madre y el sí, por fin con que mi padre le contestó.

Luego mi padre dijo que le habían readmitido en la fábrica, y por un momento pareció que la buena noticia era ésa

y no que hubiera salido de la cárcel después de dos meses y pico. Me han readmitido y mira: me han adelantado el sueldo, añadió, dejando sobre la mesa un sobre de color verde claro. Mi madre alargó la mano hacia el sobre y sacó unos cuantos billetes de mil. Con aquel dinero se acababan nuestras penurias pero ella ni siquiera fue capaz de sonreír o soltar un suspiro de alivio, y lo único que dijo fue: Para pagar deudas. Así era mi madre, siempre aguándonos la fiesta, siempre a disgusto con todo, y aquella reacción suya me irritó tanto que hubiera querido tener más aplomo para marcharme de allí dando un portazo. Pero nadie se marchó dando un portazo: ni mi padre ni mi hermano ni yo. Mi madre se metió aquellos billetes en el bolsillo del delantal y me tendió el sobre vacío para que lo guardara en el mueble del televisor, que era donde guardábamos los sobres sin usar, las hojas en blanco y los bolígrafos de propaganda.

De *María bonita* (2001)

Tenía Villa Casilda un jardín pequeño y descuidado, en el que destacaba la presencia de un níspero de tronco recio y copa frondosa que, pese a su aspecto vigoroso, solía dar unos frutos amargos y resecos, casi incomibles. Junto al níspero estaban un columpio oxidado y unos sacos de cemento que habían sobrado de unas obras en el sótano, y estaba también la caseta que primero fue sólo de Dama y luego fue de Dama y de Mirón, su hijo de padre desconocido, y que después, cuando Mirón murió atropellado por el motorista de Telégrafos y su madre acabó muriendo de tristeza, ya no quisimos que fuera de ningún otro perro y quedó allí, abandonada e inútil, descascarillándose bajo la lluvia, pudriéndose. Todo eso estaba en la parte del jardín que daba a una calle estrecha con casas como la nuestra. El otro lado era el que daba al paseo, que ya por entonces empezaba a llenarse de edificios de apartamentos, con sus altas grúas y sus banderas de España ondeando en las azoteas. Allí la fachada estaba completamente cubierta de hiedra, que había alcanzado el tejado en su persecución de la luz, y cada año teníamos que podarla una o dos veces para evitar que cegara las ventanas. Al interior de la casa se accedía a través de una puerta demasiado grande en proporción al resto, con una escalinata y dos columnas neoclásicas más bien pretenciosas, y todas las ventanas de esa fachada estaban protegidas por unos postigos de listones que le daban un ligero aire mediterráneo.

Pero lo que más llamaba la atención era la torrecilla que coronaba el conjunto, una torre como de palais francés, de forma circular y con el tejado cónico y ojos de buey, como diseñada por un ilustrador de cuentos infantiles. Allí, en la Redonda, que era como llamábamos a aquella habitación, teníamos las tres establecido el lugar de nuestros juegos y disfraces, el de nuestras canciones y adivinanzas, un lugar que con el tiempo sería también el de las confidencias, las prácticas de baile, la petición de deseos mirando la luna.

\* \* \*

Que si mi padre había sido una gran persona, que si todos lo habían sentido mucho: eso fue lo que varios de los otros me fueron diciendo después de haber averiguado quién era y de haberme mirado con la misma hostilidad o rudeza o desconfianza con que antes lo había hecho Lino. Lino, el Puntas, Toñito...: así se llamaban algunos de ellos, con esos nombres como de bandas de maleantes, y lo que a mi más me decepcionó no es que fueran o pudieran ser delincuentes sino que, si lo eran, lo eran de poca monta, simples granujas. Luego supe porque me lo dijo Delfín que varios de aquellos hombres habían tenido problemas con la justicia, que uno tenía intereses en algunos de los prostíbulos de la carretera de Logroño y que otros habían sido condenados no recuerdo si por amenazas o por extorsión. Pero ya digo que eso lo supe tiempo después, y lo que entonces me dolía era haber descubierto cómo era la gente con la que mi padre se relacionaba ¿Quería eso decir que tal vez él no fuera distinto? Probablemente. Y, en realidad, ¿de qué me extrañaba si había muerto como había muerto, en la cama de una puta? Me dije a mi misma que habría sido mejor no tratar de indagar nada, conformarme con la imagen que, aunque no del todo cierta, siempre había tenido de él, tan apuesto sin ser guapo, tan mundano, en apariencia tan diferente de todos aquellos hombres broncos y vulgares.

\* \* \*

Me acompañaba a la biblioteca y me decía: Llévate éste, éste y aquél. A veces me dejaba sus propios libros, cuidadosamente forrados con papel de periódico. Yo me llevaba a casa sus libros y los libros de la biblioteca, y los devoraba. Luego ella me preguntaba qué me había parecido y yo le decía: El de Unamuno me ha gustado pero... Me decía: ¿Pero? Le decía: Pero me habla de unos asuntos que ni tienen

nada que ver conmigo. Tanto Dios y tanta religión: ¿qué me importan a mí sus problemas de conciencia? Antonia arqueaba las cejas y proseguía: ¿Y el de Kafka? Y yo le decía: Qué vida tan triste debió de tener ese hombre. Mientras lo lees no puedes parar de pensar que el mundo está mal hecho y patas arriba. Antonia se echaba a reír y decía: ¿Y no es verdad?, ¿no es verdad que el mundo está patas arriba?

Los libros se convirtieron para mí en algo superior, trascendente. Ajeno a la insignificancia de las cosas normales. Cada uno de ellos encerraba la promesa de un tesoro. Me detenía ante los escaparates de las librerías y me preguntaba cuál de esos volúmenes cumpliría su promesa. Pero para saberlo tenía que comprarlos todos, y eso escapaba a mis posibilidades. La biblioteca la había descubierto gracias a Antonia. En la biblioteca todos esos tesoros estaban expuestos como cofres abiertos.

\* \* \*

Asistí a unas cuantas charlas sobre literatura. Iba siempre en compañía de Antonia, que era la que me informaba sobre las características del orador: si era un novelista, un poeta, un profesor, si de él podía esperarse una intervención amena y brillante. Las charlas solían tener lugar en cajas de ahorros y colegios mayores, y el momento clave venía al principio, cuando el conferenciante recorría el pasillo precedido por el presentador, subía con mayor o menor desenvoltura los escalones del estrado y ocupaba su asiento ante el botellín de agua y el micrófono. En realidad, de aquellos hombres y mujeres me interesaban menos las palabras que el aspecto, menos las ideas que la forma de comportarse. Tenía idealizada la figura del escritor. Pensaba que los escritores eran unos seres instalados en un nivel superior de la existencia, personas que tenían respuestas para todo y a las que me habría gustado poder acceder para contrastar mis inquietudes y pedir consejo. Si un

escritor no sabía orientarse en el laberinto de la vida, ¿quién entonces? Por eso ese primer minuto era importante: porque en él debía descubrir los rasgos que revelaran su genio. Estaba segura de que, si alguna vez me hubiera cruzado por la calle con un escritor de los que yo admiraba, con Pasternak o Hemingway, una simple ojeada me habría bastado para percibir su superioridad, una superioridad que procedía de la experiencia del dolor y de la habilidad para convertir esa experiencia en arte. Con aquellos escritores de la caja de ahorros ese primer vistazo resultaba siempre decepcionante, y sus palabras no hacían otra cosa que confirmarlo. Los encontraba humanos, demasiado humanos: pequeños, miserables. Mencionaban títulos de libros desconocidos dando por supuesto que todos los habíamos leído, y de vez en cuando descalificaban a algún que otro autor clásico para darse importancia y situarse por encima. Con sus barbitas recortadas y sus gafas de concha tenían algo de impostores, de charlatanes que intentarían vender frascos de crecepele y navajas suizas de varios usos. ¿Qué huella de qué sufrimiento podía buscarse en ellos, protegidos como estaban por una vanidad y una autocomplacencia que no hacían sino procurarles satisfacciones? No, seguro que ni Pasternak ni Hemingway eran así. Me volvía hacia Antonia y le decía al oído: A éste tampoco me apetece leerle. Y ella me lo reprochaba en un susurro: Mujer, cómo eres. Antonia era de las que luego, cuando acababa la charla, se acercaban con su ejemplar y hacían cola para conseguir una dedicatoria. Yo la esperaba a la salida. Ella se reunía conmigo al cabo de unos minutos. Llevaba el libro como las colegialas llevan las carpetas, apretado contra el pecho, y me decía: ¿No crees que todavía no tienes edad para ser tan escéptica?

\* \* \*

24 de diciembre

En Nochebuena papá contaba siempre el mismo chiste. Nos sentábamos a cenar y decía: ¿Ya sabéis que el año que viene va a ser el año del consumismo? Nos miraba entonces con una sonrisa de falsa astucias y añadía: Con su mismo piso, con su mismo coche, con su mismo abrigo. Y se echaba a reír. También nosotras nos reíamos. Nos reíamos como si no hubiéramos escuchado ese mismo chiste las navidades anteriores, o como si a lo largo de ese año lo hubiéramos olvidado. Una Nochebuena, la penúltima de su vida, dijo ¿sabéis que el año que viene va a ser el del consumismo?, y Carlota no le dejó concluir. Sí, papá, dijo impaciente, con su mismo coche, con su mismo abrigo..., y papá la miró con sorpresa y decepción. El año siguiente, su última Navidad, no contó el chiste durante la cena ni tampoco después, con el champán y los turrónes, y todos pensamos que había renunciado para siempre a él. Pero entré en la cocina a dejar los platos sucios y papá me siguió y me dijo en voz baja: ¿Sabes, Paloma, que el año que viene va a ser el año del consumismo?

\* \* \*

Había contado todo o casi todo lo que he contado hasta aquí, y Antonia me cogió de la mano y dijo: Te vendría bien ponerlo por escrito. ¿Por qué no lo haces? ¿por qué no intentas hacer una novela con todo esto? Ahora vamos a ver qué podemos cenar.

Durante la cena estábamos las dos de buen humor. Bromeábamos sobre nuestras propias vidas como si en el fondo carecieran de importancia, y me daba cuenta de que no sentía ya ningún rencor hacia mis hermanas o mi madre, tampoco hacia mí misma. Antonia me dijo que no estaba acostumbrada a verme reír, y yo pensé que esa frase la había oído en muchas ocasiones y de labios muy distintos. Luego me enseñó mi habitación, la habitación en la que había dejado mi bolsa, y desplegamos la cama turca y pusimos sábanas limpias. Me

acosté pronto pero tardé mucho en conciliar el sueño. Su sugerencia de poner por escrito mis recuerdos me daba vueltas en la cabeza como el estribillo de una canción pegadiza: ¿por qué no intentas hacer una novela con todo eso?, ¿por qué no? La novela, de hecho, se había ido construyendo por sí misma a lo largo de la tarde y no me resultaba difícil imaginarla. Su tema sería el secreto, la vida oculta de los seres cercanos, también mi vida oculta, y tendría una estructura similar al relato que había improvisado para Antonia y alternaría pasajes narrativos con extractos de mi diario. Empezaría con mi primera fuga, luego retrocedería a mis tempranos noviazgos y a César, de allí pasaría a Ramón y a los martes del aparthotel, volvería a César y proseguiría con él y con Santiago, también con Antonia y mi descubrimiento de la literatura, y acabaría... ¿Cómo acabaría? ¿Con el abrazo de Belinda? ¿Con el funeral de César? Tenía la sensación de que la novela ya estaba escrita y de que a mí sólo me quedaba desvelarla, convertirla en palabras del mismo modo que un médium convierte en palabras las imágenes que vislumbra del pasado o el futuro.

De *El tiempo de las mujeres* (2003)

Durante el curso siguiente, el de 1931 - 1932, Robles Pazos disfrutó de un año sabático, que por supuesto pasó en Madrid, con su familia. Vivieron ese año en un piso alquilado junto a la plaza de toros de la Carretera de Aragón, en la que, todavía y hasta su cierre en 1934, se celebraban corridas: de hecho, podían verlas desde la ventana. Pepe Robles, hombre hablador y vitalista, buen amigo de sus amigos, disfrutaba con las tertulias de café. “No hay nada tan fecundo como perder el tiempo, y para perder el tiempo ningún sitio como el café”, escribiría años después. Su teoría sobre las tertulias va más allá: “El café es el refugio de la sinceridad. Las convenciones sociales nos obligan a hacer una vida más o menos ficticia durante todo el día, pero llega la hora de la tertulia, siempre esperada con impaciencia, y entonces podemos soltar todas las verdades que se nos ocurran”.

A los cafés solía Pepe acudir solo, aunque a veces le acompañaba Márgara, y en esas ocasiones dejaban a Coco y a Miggie al cuidado de una niñera. De las diferentes tertulias, la que Pepe más frecuentaba era la de La Granja del Henar, en la calle de Alcalá. Allí nació su amistad con Valle-Inclán, León Felipe o Ramón J. Sender, con los que, cuando el tiempo lo permitía, compartía velador en la terraza del café.

\*\*\*

Quizás sea éste el momento de preguntarnos por qué asesinaron a José Robles. Esa misma pregunta siguió haciéndose durante mucho tiempo Dos Passos, quien a comienzos de noviembre escribió una carta a Henry Carrington Lancaster en la que daba por “seguro que Robles fue fusilado por alguna razón por los comunistas de la GPU [la NKVD], y nadie se atreve a abrir la boca al respecto. ¿Por qué fue fusilado? Todavía tengo esperanzas de averiguarlo”. Unos meses antes, en julio, Márgara había escrito también a Lancaster para decirle que “una fatal equivocación o tal vez

una venganza personal” le parecían las únicas explicaciones posibles de la muerte de su marido.

Probablemente, las razones últimas nunca llegarán a conocerse, pero sí podemos desmontar algunos de los bulos con que se quiso alimentar las acusaciones de traición contra Robles.

\*\*\*

Fuera como fuese, esa decisión se tomó, y a partir de ese momento todo resulta más fácil de imaginar. Una fría noche de febrero del 37, Apellániz y sus hombres recibieron la orden de sus superiores soviéticos y se llevaron a Pepe Robles. ¿Adónde? Sin duda, a alguno de los campos de tiro que lo soviéticos tenían en los alrededores de Valencia: al de El Saler, al de Paterna (el mismo curiosamente en el que Apellániz sería fusilado dos años después). Así debió de ser el lugar en el que Robles vivió sus últimos minutos. Luego alguien le descerrajó un par de tiros, y entre todos hicieron desaparecer el cadáver. Quién pudo ser el autor del disparo parece a estas alturas un problema menor: acaso el propio Apellániz, acaso alguno de los otros...

De *Enterrar a los muertos* (2005)



**Ignacio Martínez de Pisón** nació en Zaragoza en 1960. Licenciado en Filología Hispánica y en Filología Italiana ha visto su obra traducida al francés, italiano y alemán. Es considerado uno de los autores españoles más destacados de las últimas décadas. Además de novelas (*La ternura del dragón*, *Nuevo plano de la ciudad secreta* —Premio Gonzalo Torrente Ballester de novela 1992—, *Carreteras secundarias*, *María bonita*, *El tiempo de las mujeres*), ha publicado varios libros de cuentos (*Alguien te observa en secreto*, *Antofagasta*, *El fin de los buenos tiempos*, *Foto de familia*), novelas juveniles (*El tesoro de los hermanos Bravo*, *El viaje americano*, *Una guerra africana*), ensayos (*Enterrar a los muertos*) y adaptaciones para teatro (*El filo de unos ojos*). Realizó el guión cinematográfico de *Carreteras secundarias*, película dirigida primero por Emilio Martínez Lázaro y posteriormente por Manuel Poirier (*Chemins de traverse*). Actualmente colabora en varios medios de comunicación.



IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN  
leyó sus textos en Almedralejo  
el 1 de marzo de 2007

1. Luis Alberto de Cuenca. 2. Lorenzo Silva. 3. Laura Freixas. 4. Felipe Benítez Reyes. 5. Unai Elorriaga. 6. Julia Barella. 7. Ignacio Martínez de Pisón.



AULA LITERARIA CAROLINA CORONADO

**7**

**aex** asociación de escritores extremeños

**JUNTA DE EXTREMADURA**  
Consejería de Cultura